

dos con la raíz *doul-* con palabras relacionadas a su vez con la esclavitud representa el único medio de comprender, para quien lee una traducción, la realidad antigua y sus mecanismos de exposición lingüística, frente a esas otras traducciones que traducen también la metáfora en términos tales como «sujuzgar» o «sumisión».

Toda la terminología social reviste problemas particulares y generales. Traducir la palabra *hetairía* por «sociedad secreta» puede tener sus defensores y sus detractores. En el caso, de VII, 100,3, referirse a ciertos hoplitas como «simpatizantes de sus sociedades secretas» puede resultar oscurecedor del carácter de la *hetairía* dentro del entramado de dependencias sobre ciudadanos que es bastante característico de determinados momentos de la historia de la *polis*.

Lo mismo podría decirse de la traducción de la palabra *demos* como «partido popular». Mucho se ha insistido sobre la carencia de partidos políticos en la ciudad antigua. Hablar de ellos moderniza demasiado. En ciertos casos, sin embargo, puede resultar un expediente aceptable. En otros, en cambio, deberían de sustituirse por un término de carácter menos político y más social, como en III,82, enfrentado a oligarquía, como grupo económico social.

En III,47, resulta, por el contrario, verdaderamente acertado traducir el *pueblo*, pues, sin duda, se trata de eso, más que de algún «partido», cuando Diomedes revela los apoyos de los aliados a la democracia ateniense. El propio Tucídides da la clave cuando a VI,39,1, *demos* es señalado como un término cuyo contenido social explícito puede servir de modelo para su traducción en el resto de la obra, que debe valorarse de manera especialmente positiva cuando, al hablar de la tiranía, Tucídides (VI,53,3) señala de una manera específica los temores del *pueblo*, víctima más directa de este posible peligro en la época de la guerra del Peloponeso.

DOMINGO PLÁCIDO
Universidad Complutense

TERENCIO, *Terêncio, A Moça que veio de Andros*, edición a cargo de Walter de Medeiros. Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1988.

Nos encontramos ante una edición más de los clásicos latinos, lo cual siempre está bien, más teniendo en cuenta la calidad y el interés que se han vertido en la edición de esta obra. La elección de Terencio no requiere mayor comentario, puesto que, junto con Plauto, son dos de los máximos exponentes del teatro latino.

La estructura de esta edición es la clásica dentro de este campo, un pequeño prólogo o introducción, el texto en sí, las notas y los índices. Hay que señalar que la introducción no es la clásica, en la que se nos habla de un modo somero del autor, y de su contexto, sino que es una especie de resumen de la obra en la que se plantean los principales argumentos que luego surgirán a lo largo de la misma. La introducción concluye con una bibliografía que nos acerca al fenómeno terenciano en sus principales aspectos. No es que sea una bibliografía extensa y completa, sino solamente una introducción al tema, que, además, se centra en el caso de la *Andriana*, como bien señala el editor. Uno de los elementos que echamos de menos es una tabla de abreviaturas referidas a la bibliografía, puesto que en las notas si encontramos algunas de ellas desarrolladas.

El texto traducido de la obra se presenta de un modo claro y conciso, con clara diferenciación tipográfica entre el diálogo de los diversos personajes y las diferentes acotacio-

nes escénicas. Un hecho que creemos que podría mejorar aún más la edición es la colocación a pie de página de las notas que van ahora al final del volumen, puesto que de este modo se agilizaría bastante más la consulta de las mismas, lo que viene a reforzarse por el hecho de que no figura en la edición el texto latino, y teniendo en cuenta que la mayoría de las referencias efectuadas en notas se refieren a diferencias en las ediciones, sería bastante conveniente.

El editor no ha incluido en la edición el sumario de Gayo Sulpicio Apolinar, con lo que nos encontramos ante una diferencia entre esta traducción y la mayoría de las demás (baste citar que la edición realizada por J. Sargeaunt en Loeb la lleva; la versión francesa realizada por Marouzeau para Les Belles Lettres también la incluye, y la última edición castellana que conocemos, realizada por Aurora López y Andrés Pociña para Akal, también la presenta). Desconocemos los motivos del editor para no incluirla, a no ser que quisiera conservar en toda su pureza el texto terenciano sin desear contaminarlo con añadidos posteriores, dado que el citado sumario está fechado hacia el siglo II d.C. Este hecho no descalifica en absoluto la edición que estamos comentando, sino que parece extraño que no se incluya cuando la mayoría de las ediciones así lo hacen.

En las notas es donde podemos observar el concienzudo trabajo realizado por el editor, puesto que ha controlado las principales ediciones del texto terenciano a la hora de realizar la traducción, acotando las veces que sea necesario con las opiniones de los diversos autores.

Los índices completan el volumen que presenta una clara utilidad, por reunir el *corpus* terenciano en las diversas lenguas modernas. Como conclusión, podemos decir que la obra en su conjunto es excelente, aunque debería introducir algunos elementos más, como introducciones y una pequeña puesta al día de la problemática del autor, o la más necesaria de incluir las notas a pie de página.

MIGUEL RIBAGORDA

F. DE P. DÍEZ DE VELASCO ABELLÁN, *El origen del mito de Caronte. Investigación sobre la idea popular del paso al más allá en la Atenas clásica*, Madrid. Editorial de la Universidad Complutense (Colección tesis doctorales, n.º 400/88), 1988, 2 vols., XI + 1.000 págs.

La investigación de los mitos y su función en un contexto social determinado no es uno de los campos preferentes de investigación por parte de los profesionales de la Historia Antigua en nuestros días. Por ello, es necesario dar la bienvenida al trabajo que ahora comentamos, sin duda, uno de los más sugestivos que ha sido publicado recientemente. Tan sólo el amplio y exhaustivo esfuerzo de recopilación documental en torno a la figura del Caronte clásico y su significación simbólica realizado en esta obra merece la aprobación de cualquier estudioso de este tipo de cuestiones. Mas el libro, como su propio título indica, trasciende del completo y detalladísimo catálogo para adentrarse en un sistemático análisis de la iconografía de Caronte (pp. 7 ss.), que comprende un doble estudio de su representación en las *léцитos* áticas de fondo blanco: externo (pp. 23-126), con atención a los pintores de estos vasos funerarios, así como su clientela y encuadre sociológico, e interno (pp. 127-415), que permite fijar el repertorio iconográfico y su contenido significativo y simbólico. No quedan al margen otros testimonios figurativos más escuetos y en algún caso controvertidos, como la *eschara* de Frankfurt, la